

y el capitán que ha de venir con él, destruirá la Ciudad y el santuario, y el fin della será su destrucción y desolación, y esta durará y perseverará hasta la fin.

Pues como haya muchas cosas en esta profecía que pertenecen al misterio de Cristo, principalmente sirve para declarar el tiempo en que había de padecer, que fué cumplidas estas setenta semanas de años, que hacen número de cuatrocientos y noventa años. Los cuales unos comienzan á contarlos despues de la profecía en que Hieremías profetizó esta restitución, otros del tiempo en que Ciro, rey de los persas, dió licencia para ella. Mas esto hace poco al caso; porque de cualquier manera que se cuenten, es ya cumplido tres veces este número de años.

En lo cual se ve la maravillosa providencia del Espíritu Sancto, y el deseo que tenía de que conociésemos al Salvador cuando viniese; pues no contento con las otras dos señales que arriba pusimos del tiempo desta venida, descendió á particularizar los años despues de los cuales había de padecer. Y ser esto así, vese clarísimamente; porque en este tiempo el Salvador padeció, despues de cuya muerte se siguieron luego las calamidades del pueblo de los judíos, y la destrucción de la Ciudad y del templo, y el cesar los sacrificios; porque destruido el templo (donde solamente era lícito sacrificar) junto con él se acabaron los sacrificios.

§. II.

Ceguedad grande de los judíos, que no quieren ver con tan claras luces; y profecía de la predicación de los apóstoles.

Resumiendo pues todo lo que en esta cuarta parte se ha dicho, tres cosas hallamos aquí que testifican la verdad de la venida del Salvador, de tal manera que cada cual dellas convence el entendimiento, y deja los hombres atónitos, considerando cómo es posible que haya hombres ciegos en medio de tan clara luz. La primera y mas substancial es el cumplimiento de aquellas cinco clarísimas hazañas que habemos referido, que son la destrucción de la idolatría, el conocimiento del verdadero Dios, y la subjección del imperio romano á la fe de Cristo, y la pureza de vida de innumerables sanctos que ha habido despues de la venida del Salvador, y el castigo y destierro de los que le procuraron la muerte. Las cuales hazañas estaban reservadas (segun el testimonio de los profetas) para la venida de Cristo. Y pues estas vemos ya manifestamente cumplidas, síguese necesariamente ser ya venido el autor dellas. Y no solo todas ellas juntas, mas cada una por sí sola bastantemente prueba esto.

Mas cuando con esto se junta la segunda cosa, que es la circunstancia del tiempo en que este misterio se había de cumplir, segun lo determina la profecía de Daniel con lo demas, esto es cosa que bien considerada asombra y deja pasmados todos los entendimientos. Porque propio es de los milagros causar esta manera de pasmo, que en latin se llama *stupor*, que es como una manera de alienación y suspensión de los sentidos, por estar como absortos con la grandeza de la admiración de ver una cosa sobrenatural, cual es un milagro. Pues siendo esto así, ¿cómo no obra en nuestros corazones este mismo afecto la consideración deste milagro de la profecía de Daniel? Porque dejadas aparte las otras particularidades que aquí profetiza, y considerada la de solo el tiempo, ¿qué mayor milagro que decir un hombre

mortal como nosotros, que de ahí á cuatrocientos y noventa años había de ser destruida y asolada aquella noble ciudad de Hierusalem, y aquel solemníssimo templo, tan afamado en el mundo? ¿Y añadir mas, que esta destrucción y desolación había de durar hasta la fin, y ver todo esto cumplido punto por punto, como estaba profetizado? Porque ¿dónde está agora aquella insigne ciudad? ¿dónde aquel magnificéntísimo templo? ¿Hay agora siquiera humo ó reliquias desto? Y dejado aparte lo pasado, que nos consta por todas las historias, ¿qué diremos de lo que nos consta por vista de ojos, que es perseverar hasta agora esta misma destrucción y desolación? Porque los otros milagros pasan con el tiempo; mas este es perpetuo, y vese agora y en todo tiempo, y somos tan malos jueces y apreciadores de las cosas, que no pasamos viendo un tan evidente milagro, y considerando el rayo de la divinidad que estaba en el pecho de aquel profeta cuando profetizó tantos años ántes una cosa que vemos cumplida en el tiempo que él señaló.

Cuando este mismo profeta reveló á Nabucodonosor rey de Babilonia (o) el sueño de que él estaba olvidado, quedó tan asombrado desta maravilla, que con ser un tan grande monarca, se derribó á los pies del profeta, adorando y reverenciando el espíritu divino que en él reconocía, y así mandó que le ofreciesen encienso y sacrificios como á Dios. Pues ¿qué ménos es el cumplimiento desta profecía de Daniel, que la revelación del sueño del rey? Confieso verdaderamente que si Daniel fuera agora vivo, y leyera esta profecía, me prostrara como este rey á sus pies, y no ménos me asombrara agora desta maravilla, que si de presente lo viera. Porque si esto dijera el profeta con palabras oscuras ó metafóricas, que sufrieran alguna interpretación, no fuera tanto de maravillar; mas él lo dice con tan propias, y claras, y resolutas palabras, que no deja lugar para escrúpulo ni dubda alguna. Por lo cual confieso tambien que si yo fuera pagano, y viera el cumplimiento desta profecía, esto solo bastara para convertirme á la fe. Pues segun esto, ¿qué debrian hacer los que confiesan la verdad desta Escritura, y ven el cumplimiento della? ¡Oh cuán poderoso es aquel espíritu malo, que puede derramar nublados y tinieblas en medio de tan grande luz!

Pues á esta segunda maravilla (que es circunstancia del tiempo en que Hierusalem había de ser destruida) quiero añadir otra mayor, que es la circunstancia del lugar de donde habían de salir los que habían de destruir la idolatría del mundo, y traer los hombres al conocimiento del Dios de Jacob. Pues por las profecías clarísimas de los profetas (que arriba alegamos, y aquí repetimos) nos consta que de Sion y de Hierusalem habían de salir los que habían de obrar esta maravilla. Y así dice Esaías (p): *En los dias postreros estará aparejado el monte de la casa del Señor sobre la cumbre de los montes, y levantarse ha sobre los collados, y correrán á él todas las gentes, y vendrán á él muchos pueblos, y dirán unos á otros: Venid, y subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob; y enseñarnos ha sus caminos, y caminaremos por la senda de sus mandamientos; porque de Sion saldrá la ley, y la palabra de Dios de Hierusalem.* Todas estas son palabras de Esaías, que tan claramente denuncian estas dos cosas que aquí decimos, que son conversión de las gentes, y el lugar de donde había de

(o) Dan. 2. (p) Esai. 2.

salir esta nueva luz al mundo. Lo mismo profetizó Miqueas en el capítulo iv, y lo que mas es, por las mismas palabras de Esaías, como quien participaba el mismo espíritu. Mas David en el salmo 109 introduce el Padre Eterno hablando con su Hijo, diciéndole que se asiente á su diestra hasta que le ponga todos sus enemigos por escabelo de sus pies, y que la vara de su virtud (que es el sceptro de su reino) sacará él de Sion, para que venga á tener señorío en medio de sus enemigos. Estos enemigos eran los gentiles, los cuales á fuego y á sangre perseguían el nombre y escuela de Cristo por defension de sus ídolos, los cuales vinieron despues á destruir y quemar esos mismos ídolos, y adorar á Cristo. Y desta manera vino á tener señorío en medio de los que fueron sus capitales enemigos, hechos ya fieles siervos y amigos. Pues viniendo al propósito, ¿quién no sabe que despues de la Pasión del Salvador salieron sus discípulos de la ciudad de Hierusalem, los cuales fueron los primeros obreros y oficiales desta tan grande obra? Pues ¡oh corazón incrédulo! si no basta para convencerte la maravilla desta obra, ¿cómo no bastará señalarte como con el dedo el lugar de donde habían de salir los oficiales della, y ver esto así cumplido? Y si es razón (como dijimos) que nos haga pasmar el cumplimiento de la profecía de Daniel, ¿cuánto mas lo debe hacer esta? Porque aquello era profetizar el tiempo en que aquella famosa ciudad y reino había de ser destruido; mas esto fué señalar el lugar de donde habían de salir los predicadores de la nueva ley, y destruidores de la idolatría que reinaba en el mundo, y era defendida á fuego y á sangre por todos los monarcas dél. Y la guerra con que fué Hierusalem con su provincia destruida, apenas duró un año, mas esta duró mas de doscientos años.

Pues segun esto, si aquella profecía de Daniel era tan poderosa para convencer todos los entendimientos, ¿qué diremos desta, que es cosa sin comparación mayor? La cual era imposible cumplirse por tan flacos predicadores, y con tan poderosos contradictores, sin el brazo poderoso de Dios. Pues qué falta aquí sino poner por testigos al cielo y á la tierra de la gloria de Dios, y de la obstinación de los incrédulos, pues él les dió tan claras señales para el conocimiento desta verdad, y ellos como á sabiendas parece que cierran los ojos para no ver cosa mas clara que la luz del mediodía. Considerando pues cómo no una profecía sola, sino tantas juntas unas sobre otras están testificando la venida del Salvador, confieso que muchas veces me está llorando el corazón, viendo la extraña ceguedad que padece aquella parte de gente que permanece obstinada en su error en medio de una tan clara luz. Quiten la niebla oscura de la pasión que tienen ante los ojos, y llamen con humildad aquel Señor que es padre de las lumbreras, y no es acceptador de personas ni de linaje, y él les abrirá los ojos para que conozcan su Salvador, como ha abierto los de otros muchos que fielmente le sirven, adoran y reconocen.

CAPITULO XX.

Conclusion y summa de todo lo dicho.

En cabo desta disputa será bien filosofar sobre todo lo dicho. Y primeramente advierto á todos los que tienen necesidad de la luz desta doctrina, que ante todas las cosas consideren la grandeza del negocio de su salvación, que es gloria para siempre, ó infierno para siem-

pre, con el cual negocio comparados cuantos hay debajo del cielo, no pesan una paja. Lo segundo, que el que trabaja por llegar al deseado puerto de la verdad, debe despedir de su ánima todos los enemigos y impedimentos della: que son odios, iras, invidias, aficiones, con todas las otras pasiones, las cuales son como unas espesas tinieblas que escurecen la luz del entendimiento; pues todos vemos cuán contrarias y enemigas sean entre sí razón y pasión, y cómo no caben ambas en un sujeto. Y no ménos debe el amator de la verdad despedir de sí toda soberbia y presunción, y vestirse de humildad; pues es cierto, como dice el Eclesiástico (a), que donde está la humildad, está la sabiduría. Y Sant Agustín dice (b) que si una, y dos veces, y mil veces le preguntaren cuál sea el camino derecho para alcanzar la verdadera sabiduría, tantas responderá que la humildad. Tambien debe el hombre despedir de sí aquella perversísima sentencia del Alcoran de los moros, donde les es mandado que no traten de examinar su ley por razón, sino por armas, lo cual es hacer al hombre semejante á las fieras (que todo lo hacen por fuerza), y despojarle de la mas rica pieza que Dios le dió, que es la lumbrera de la razón, la cual no es otra cosa que un rayo de la divina luz que se derivó en nuestras ánimas, para regir y ordenar nuestras vidas. Y para el que con esta luz se rige, es vanísima razón decir: moro ó judío fué mi padre y mi abuelo, pues tal quiero yo ser. Porque si esa fuese regla cierta de la verdad, cuantas sectas y herejías hay en el mundo serían verdaderas, y cada cual de los que las siguen diría lo mismo; mas esto no puede ser, porque el camino derecho para acertar en el blanco de la verdad, no es mas que uno; mas para desviarse dél, hay infinitos. Y así todos estos que dicen: Quiero morir en la secta que murió mi padre, manifestamente se engañan; pues no hay en el mundo mas que un Dios, una fe, y una sola religion para venerarlo.

Pues comenzando á tratar desta verdad, recopilaremos aquí en summa todo lo que hasta aquí habemos dicho. Y dejadas ya aparte las profecías personales que contienen las condiciones y cualidades de la persona de Cristo (que al principio propusimos, como son el linaje de donde había de descender, y el lugar donde había de nacer, y la manera de su vida y doctrina, y la muerte que había de padecer, y los milagros que había de hacer, y otras cosas tales), pongamos los ojos en las obras notorias al mundo, las cuales (segun el testimonio de los profetas) había de obrar este Señor cuando á él viniese (c).

I. Pues la primera obra que para él estaba guardada, era desterrar la idolatría que reinaba en todo el mundo. Esta fué una empresa digna del brazo de Dios, y uno de los mayores beneficios que se han hecho al mundo, librándolo de una tan grande y tan universal pestilencia, como ya dijimos. Esta obra vemos tantos años há cumplida. Pues ¿quién podrá dubdar que sea ya venido el que la había de obrar?

II. Otra singular obra era hacer que los gentiles, enemigos del pueblo de los judíos (d), dejados sus falsos dioses, adorasen el verdadero Dios de Abraham. Esto vemos ya cumplido, no solo entre cristianos, sino tambien entre moros y turcos (segun ellos lo confiesan y

(a) Prov. 11. (b) August. Epist. 56. post med. tom. 2.

(c) Zach. 15. Soph. 2. Nahum. 1. Esai. 11. 54. 65. (d) Esai. 45. 65. Ps. 21. 45.

protestan); pues ¿quién podrá dudar que el que esto habia de hacer, es ya venido, pues claramente lo vemos hecho?

III. Con esta se junta la subjeccion de Roma, y del emperador romano á la fe y imperio de Cristo (como nos lo representa aquella estatua que vió Nabucodonosor en Daniel (e), lo cual sabemos haberse cumplido en tiempo del emperador Constantino (como arriba declaramos): luego síguese que es ya venido el que esta tan grande gloria y triunfo habia de alcanzar. Y pues este imperio romano ha en cierta manera cesado, ó se ha mudado, síguese que el que no confiesa este triunfo de Cristo, ha de confesar que esta profecía no se puede ya cumplir. Lo cual es grande blasfemia; pues hace á Dios falso prometedo.

IV. Otra hazaña reservada para la venida deste Señor era (f), que de los gentiles, que eran como leones, y lobos, y serpientes, y bestias fieras, se habian de levantar muchos que imitasen en su manera de vida la pureza de los ángeles. El cumplimiento de lo cual vemos, no solo en millares de monjes que hacian vida santísima en los desiertos, y fuera dellos, y en muchos coros y monasterios de vírgines purísimas, que en todas partes florecian, sino mucho mas en millares de cuentos de mártires, que en todas las ciudades del mundo fueron con cruellísimas invenciones de tormentos martirizados; los cuales si no estuvieran (como dijimos) fundados sobre la firme piedra de la virtud y de la verdad, ¿cómo no cayeran y desmayaran, cuando estas grandes avenidas y torbellinos de tormentos venian sobre ellos? Mas cuál sea la causa de no estar agora tan extendida por todas partes, ni florecer tanto la sanctidad, como en aquella edad de oro (que es la primitiva Iglesia, cuando estaba reciente la sangre de Cristo, y la doctrina y milagros de los apóstoles y varones apostólicos) adelante lo tratamos en el postrero de nuestros diálogos.

Esto pues nos consta haber sido cumplido en esta gloriosa edad que decimos: como lo testifican todas las historias eclesiásticas, escritas por gravísimos y santísimos varones; y hasta las mismas escrituras de los gentiles tratan de la inocencia de los cristianos de aquel tiempo, y de su maravillosa constancia en la confesion de la fe, y de la infinita muchedumbre de mártires que por ella padecian: como parece por la carta que sobre esta materia escribió Plinio el menor al emperador Trajano, y por otras escrituras de gentiles. Pues siendo esto así, notoria cosa es ser ya venido el que esta tan gloriosa mudanza habia de causar en los corazones de los gentiles; los cuales estaban atolados y sumidos en el profundo de todos los vicios que el pecado de la idolatría trae consigo.

V. Con esta obra se junta aquella señalada circunstancia que arriba declaramos (g), del lugar de donde habian de salir los ministros, por quien Dios habia de desterrar la idolatría del mundo, y plantar esta nueva fe y religion: que es de la ciudad de Hierusalem, conforme al testimonio de las profecías que alegamos. Esto vemos ya cumplido; pues desta ciudad salieron los apóstoles de Cristo, y así ellos como los discípulos y sucesores dellos, fortalecidos con las armas de la fe y del mismo espíritu, batallaron con todo el género humano, y con toda la potencia del mundo y del infier-

(e) Dan. 2. (f) Esai. 10. 11. 55. 41. 54. 55. 65. (g) Esai. 2. Mich. 4. Psalm. 109.

no; y finalmente salieron con esta empresa, y acabaron estas tan grandes hazañas.

Esta circunstancia del lugar concluye con tanta fuerza la verdad deste misterio, que no deja lugar á ningun entendimiento criado para no rendirse á ella. Porque profetizar tantos años ántes estas tres obras tan grandes, y señalar como con el dedo la ciudad de donde habian de salir los que las habian de obrar, y ver esto á la letra cumplido, ¿quién lo podia hacer sino solo Dios? Pues el cumplimiento de cosas tan grandes, y tanto tiempo ántes profetizadas, claramente muestra ser venido el que esto habia de obrar.

VI. A lo sobredicho añado otras señales que el Espíritu Sancto nos quiso dar para que no pudiésemos dejar de conocer la venida del Salvador, si no nos quisiésemos cegar. Porque primeramente cóstanos por la profecía de Aggeo (h), que el Salvador cuando viniere, habia de entrar en aquel seguído templo que entónces se acababa de hacer, y que con esta entrada suya habia de ser mas glorioso que el primer templo edificado por Salomon. Este templo há mas de mil y quinientos años que está asolado y puesto por tierra. Pues siendo esto así, ó habemos de conceder necesariamente que el Salvador vino ántes que este templo se destruyese, ó habemos de confesar una de las mayores blasfemias del mundo: que es haber faltado la palabra de Dios, ó dádonos falsa señal de su venida.

VII. Item cóstanos por aquella antigua profecía del patriaca Jacob (i), que el Mesías habia de venir ántes que se acabase el sceptro del tribu de Judá. Este vemos ya del todo acabado despues que reinó Heródes, del linaje de los idumeos: luego síguese que el Salvador es ya venido.

VIII. Demas de lo dicho sabemos que prometió Dios á David con solemne juramento (k), que su reino sería tan perpetuo como el sol y la luna en el cielo. Y por Hieremías promete (l), que así como es imposible faltar en el cielo la órden de los dias y de las noches, así lo sería faltar en el mundo sacerdotes que lo honrasen, y reyes de linaje de David. Pues segun esto, si no admitimos el reino espiritual de Cristo, hijo de David, y su nuevo sacerdocio segun la órden de Melchisedec (m), ¿qué camino hallaríamos para salvar la verdad destas dos tan señaladas profecías, testificadas con tan grandes encarecimientos y comparaciones de sol y luna, dias y noches? Y pues esta verdad no se puede salvar sino confesando el reino y sacerdocio de Cristo nuestro Salvador, síguese que él sea nuestro Rey y summo Sacerdote; y por consiguiente que sea ya venido.

IX. A todas estas señales y profecías añado una de las mas espantosas y ciertas señales de la venida del Salvador, que es el castigo terrible de los que le procuraron la muerte: que es la destruicion de Hierusalem, y del sancto templo; la cual destruicion habia de durar hasta el fin, como claramente por palabras propias y distintas lo profetizó Daniel (n), como arriba declaramos. Esto vemos cumplido por los emperadores Tito y Vespasiano, que destruyeron á Hierusalem; y agora de presente lo vemos, pues ni aquella ciudad, ni aquel templo, ni aquella república ha sido restituida; y así dura está destruicion (como dice Daniel) hasta la fin. Y pues esto vemos ya tan á la clara cumplido, síguese que el Salva-

(h) Aggeo. 2. (i) Gen. 49. (k) Psal. 88. (l) Hier. 55.

(m) Psalm. 109. (n) Dan. 9. Esai. 6. 25.

dor no solo es ya venido, sino tambien padecido. La historia deste tan grande castigo repartimos en tres partes. En la primera se trató de las calamidades que padeció el pueblo dende el tiempo de Pilato hasta el cerco de Hierusalem; mayormente en la conquista de la provincia de Galilea, y de otras muchas ciudades comarcanas, donde fué tan grande el número de los muertos y captivos, como ya vimos, demas de ser todas estas ciudades robadas y saqueadas, y muchas dellas asoladas y puestas por tierra. En la segunda parte referimos los inmensos trabajos y calamidades que sucedieron en el cerco de Hierusalem, donde fueron tantas las desventuras, y tan grande el número de los muertos, que ni dende que Dios crió el mundo hasta el tiempo del Diluvio, ni despues del Diluvio hasta nuestros tiempos, ha habido manzanza de hombres, no digo yo que iguale con esta, mas ni que llegase á la mitad della. Porque segun refiere Josefo, fueron muertos de hambre y á hierro, un cuento y cien mil hombres. Pues si tratamos de los que fueron captivos, ¿cuándo se halló tanto número de captivos, y tan cruelmente tratados, pues los llevaban para echar á las fieras que los despedazasen, y para que peleando unos con otros en las fiestas de los romanos se matasen? ¿Cuándo dende que el mundo es mundo se usó de los miserables captivos para semejantes pasatiempos? ¿Cuándo se vió tal hambre como la que en este cerco se pasó, cuando los hombres comian los cintos, y las riendas de los caballos, y los cueros de los zapatos, y las pajas, y boñigas de bueyes? ¿Cuándo jamas se vió tal crueldad como era abrir los vientres de los hombres para buscar el oro escondido en las entrañas dellos? ¿Cuándo los romanos siendo vencedores, asolaban las ciudades y provincias que pretendian hacer tributarias, y de cuyas rentas se querian aprovechar? Porque quedando ellas asoladas y sin moradores, ¿qué provecho les podia venir? Y por eso Pompeyo (que poco ántes conquistó la provincia de Judea) contento con la victoria, y con la subjeccion della, dejóla poblada y entera, como estaba ántes. Resta pues de lo dicho, que ninguna de cuantas calamidades han sucedido en el mundo, ni muchas dellas juntas vienen á cuenta con esta. Pues siendo este el mas terrible y espantoso castigo de cuantos ha habido en el mundo, ¿quién dudará haber sido por el mayor de los pecados del mundo, que fué la muerte del Salvador? Mayormente habiéndolo él mismo cuarenta años ántes, no sin muchas lágrimas, profetizado, como arriba declaramos (o).

En la tercera parte deste castigo pusimos las calamidades que despues dél se siguieron; y el destierro general que padece la parte desta gente que persevera en su error. Donde hallarémós tambien clarísima á las preguntas y consideraciones que en esta materia les hicimos. Si no díganme: ¿cómo Dios, que en los tiempos antiguos tantos favores les hacia, agora los ha desamparado? ¿Cómo entónces les acudia cada vez que se convertian á él, y los libraba, y agora lo llaman continuamente, y no les acude? Si, como dice el Profeta (p), está Dios cerca de los que lo llaman, si lo llaman de verdad, y que hará siempre la voluntad de los que le temen, ¿cómo ni les hace la voluntad, ni oye sus clamores y oraciones? Si el mismo Profeta dice (q) que hace Dios justicia á los que padecen agravios y injurias, ¿cómo

aquí no la hace de tantos agravios como esta gente padece? Si, como dijo aquella sancta Judit (r), Dios tiene prometida su misericordia á la casa de Israel, ¿cómo aquí se ha olvidado desta misericordia? Si tiene dada su palabra (s) que si viéndose angustiados y perseguidos de los hombres por sus pecados, se volvieren á él, que él los librára, ¿cómo habiéndose ya convertido á él, no los libra? Si él promete á este pueblo que guardando sus mandamientos (t) los hará la mas alta gente de cuantas moran en la tierra, y que estarán siempre encima de las otras gentes, y no debajo, ¿cómo consiente que esta gente sea tantos años la mas avasallada de cuantas hay en la tierra? ¿Qué es de aquellos tan grandes favores y providencias de que usa Dios con todos sus fieles siervos? ¿Qué es de aquella misericordia y favor que les promete en el tiempo de la tribulacion? ¿Cómo no acude á los que ve padecer tantas menguas, y afrentas, y destierros, por guardar su ley, y serles fieles? ¿Qué olvido es este? ¿Qué desamparo este? ¿Cómo duerme aquel Señor de quien se dice (v) que no dormitará, ni dormirá el que es guardá de Israel? ¿Cómo ha este Señor cerrado los ojos para no ver tantas calamidades, y tapado los oídos para no oír tantos clamores, y apretado las entrañas para no apiadarse de tantas aflicciones?

Sobre todo les pido que abran los ojos, y miren las profecías de los azotes que hoy dia padecen, que nadie puede negar. Un azote es, como arriba alegamos (x), que por sus pecados los derramaria Dios por todas las naciones del mundo, dende el principio hasta los últimos términos dél. Pues ¿quién será tan ciego que no vea esto cumplido en ellos? ¿Díganme si hay nacion en el mundo que mas derramada, y mas esparcida ande en diversos lugares que ella? Esto ¿quién lo negará? Item, en estos mismos capitulos que ya alegamos (y) amenaza Dios que les dará un corazon tan cuitado y de medroso, que vengan á haber miedo de la hoja del árbol que se menea. Esto es en tanta manera verdad, que el nombre de judío, que en un tiempo fué clarísimo en el mundo, agora viene á ser nombre de cobarde y de medroso, y por este nombre llaman al que lo es. Y esto no ha venido por haber leído los hombres las sanctas Escrituras que esto amenazan, sino porque la misma experiencia les ha enseñado ser esto así.

Consideren tambien aquella maldicion que ellos mismos echaron sobre sí, cuando lavando Pilato sus manos, y diciendo que él era inocente de la sangre de Cristo, respondieron ellos (z): *La sangre suya caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos*; y verán que dende esta sentencia que ellos dieron contra sí, hasta el dia de hoy (comenzando dende las vejaciones del mismo Pilato), siempre padecieron trabajos sobre trabajos, destierros sobre destierros, y miserias sobre miserias. En lo cual parece haber Dios confirmado esta sentencia que ellos dieron contra sí; y que esta no solo fué maldicion, sino profecía que vemos con nuestros ojos cumplida.

X. Con estas juntaré otra profecía, la cual declara el estado en que está agora este pedazo de gente, con tanta claridad y evidencia, que sola esta, sin la muchedumbre de las otras autoridades y testimonios de las sanctas Escrituras, basta para convencer y concluir todos los entendimientos del mundo. Para lo cual es de

(r) Judith 15. (s) Deut. 30. (t) Deut. 28. Levit. 26.

(v) Psalm. 120. (x) Deut. 4. et 28. Levit. 26. (y) Ibidem.

(z) Matth. 27.

(o) Luc. 19. (p) Psalm. 144. (q) Psalm. 145.

notar que queriendo Dios representar el estado en que habia de quedar su pueblo si no recebia al Salvador (que era ni servir á Dios, ni tampoco á los ídolos, como ántes lo habia hecho), mandó al profeta Oseas (a) que pasiese su afición en una mujer muy querida de un amigo, pero con todo eso adúltera; para que con esta manera de casamiento representes á los hijos de Israel el amor que yo les tengo; y con todo eso ellos, como mujer adúltera, ponen sus ojos en los dioses ajenos. Yo, dice el profeta, hice lo que el Señor me mandó; y di en dote á esta mujer quince dineros de plata, y ciertas medidas de cebada, y dijele: *Muchos días me esperarás; no fornicarás, ni tampoco estarás con tu marido; y yo también te esperaré.* Esta es la semejanza de lo que Dios queria representar. Tras desto añade luego el profeta lo que esta manera de casamiento significaba, diciendo: *Porque muchos días se pasarán en los cuales los hijos de Israel estarán sin rey, y sin príncipe, y sin sacrificio, y sin altar, y sin vestiduras sacerdotales, y sin ídolos. Y despues desto se convertirán, y buscarán á su Señor Dios, y á David su Rey; y reverenciarán el nombre del Señor, y su bondad; y esto será en el fin de los días.* Hasta aquí son palabras de Dios por su profeta: las cuales no podrán dejar de poner admiración á quien considerare cómo este profeta dos mil años ántes debujó la manera del estado en que agora vemos todos á este pueblo, con tan claras palabras como si de presente lo viera con sus ojos. Porque ¿quién no ve pasar esto á la letra despues de la destrucción de Hierusalem, y de aquel reino, pues ni tienen rey, ni príncipe, ni sacrificios, ni altar, ni vestiduras sacerdotales, ni tampoco ídolos? Y es mucho para notar lo que dice el profeta á esta mujer: *No fornicarás, ni estarás con tu marido.* Porque en todo este tiempo este pueblo ni ha fornicado, adorando los ídolos (como lo hacia ántes), ni tampoco está con su marido, que es Dios, pues no está en su amor y gracia; y no lo está, pues no ha querido recibir á su rey David, que es nuestro Salvador (b), á quien él mandó que recibiesen y obedeciesen so pena de su castigo y indignación.

Concluyo pues este tan largo discurso diciendo que si el cumplimiento desta profecía tan clara y tan antigua, no convence todos los entendimientos (aunque sean de gentiles) y no basta para abrir los ojos de los que hasta agora están ciegos, no sé qué cosa pueda bastar; ni sé qué pueda decir, sino que es grande el poder del Príncipe de las tinieblas; grande la malicia de la voluntad depravada; grande el azote desta tan grande ceguedad: el cual (como arriba vimos) no calló el Profeta, cuando dijo (c): *Sean escurecidos sus ojos para que no vean.* A lo ménos esto es cierto, que en la hora de la cuenta no tendrá esta incredulidad excusa ante aquel rectísimo Juez; porque no puede haber excusa donde no hay justa causa de ignorancia.

Mas no piense nadie que con solas estas profecías, se prueba la verdad de nuestra fe, y la venida del Salvador, y se convence el error de los que lo contrario creen; porque otras muchas pruebas hay sin esta, y particularmente el testimonio de las sibilas, y las falsedades y disparates del Talmud, de que luego trataremos.

(a) Osee. 3. (b) Deut. 18. (c) Psalm. 68.

CAPITULO XXI.

De las cosas que las sibilas profetizaron del misterio de Cristo nuestro Salvador.

Cuán perfecta sea la providencia que nuestro Señor tiene de todas las cosas que él crió, vese claramente no solo por el cuidado que tiene de las cosas grandes, sino tambien de las muy pequeñas: como de la hormiga, del mosquito, del araña, de la abeja, y de otros animales semejantes; á los cuales proveyó de todos los instrumentos y habilidades necesarias para su conservación. Pues si este cuidado tiene aquel soberano Padre de animales tan pequeños, ¿cuánto mayor lo tendrá de los hombres, para cuyo servicio crió y gobierna todo este mundo? Y como en los hombres haya muchas cosas de que tienen necesidad, la mayor de todas es la religion y culto divino, cuyo fundamento y principio es el conocimiento de Cristo nuestro Salvador, como dice el Apóstol (a).

Pues porque no errasen los hombres en el conocimiento desta tan necesaria verdad, nunca cesó la divina Providencia desde el principio del mundo de enviar profetas santísimos que denunciasen la venida deste Señor, y nos diesen clarísimas señales para conocerlo cuando viniere; como en todo este libro habemos declarado. Mas porque el cumplimiento desta verdad es por una parte tan necesario, y por otra tan arduo y dificultoso (por haber de creer el inefable misterio de la encarnación del Hijo de Dios), no se contentó este Señor con que en el pueblo de los judíos (donde él habia de nacer) hubiese tantos profetas que denunciasen su venida; sino quiso tambien que entre los gentiles hubiese profecías que denunciasen el mismo que ellos; pues él venia para salvar el un pueblo y el otro. Estas fueron las sibilas, que todas fueron vírgines, y como Sant Hierónimo contra Joviniano escribe (b), en premio de su virginidad les fué dado este mismo espíritu.

Destas sibilas, que fueron ántes de la venida del Salvador, escriben cuasi cuantos autores hay entre los gentiles, así griegos como latinos; y todos á una voz les dan grande autoridad, y confiesan haber tenido espíritu profético; especialmente Platon en el diálogo llamado Menon; el cual se movió á creer esto por ver cumplidas muchas de las cosas que ellas habian profetizado. Estas sibilas, dice Marco Varron en los libros de las cosas divinas, que fueron diez señaladas: conviene saber, la sibila Cumea, Cumana, Pérsica, Helespóntica, Líbica, Samia, Déléfica, Frigia, Tiburtina, Eritrea, la cual (como escribe Lactancio) fué la mas nombrada de todas. Y intitúlase desta manera, por razon de las ciudades donde ó nascieron, ó vivieron, ó profetizaron; y de todas ellas dice este autor que predicán en sus versos griegos un solo Dios; y fueron tenidas en tanta autoridad entre los romanos, que (como él refiere) fueron enviados por autoridad del Senado tres embajadores muy principales á la ciudad de Eritras (de donde fué nombrada la sibila Eritrea), los cuales trajeron de allí mil versos desta sibila; y estos con los demas estaban guardados con todo recaudo y secreto en poder del mismo senado.

Estas sibilas, habiendo sido muchos años ántes de la venida del Salvador, denunciaron claramente sus cosas: esto es, su nascimiento, sus milagros, su sagrada Pa-

(a) 1. Cor. 3. (b) Lib. 1. longe á fine.

sion, y resurrección, y su venida á juicio; lo cual ciertamente pone en admiración á quien lo lee. Y porque nadie con malicia pudiese decir que los cristianos habian inventado esto para confirmación de su religion, quiso la divina Providencia que Virgilio, poeta gentil (c), que escribió sus églogas ántes que hubiese cristianos en el mundo, escribiese en una dellas las profecías de la sibila Cumea; en las cuales se contiene en summa lo que Esaiás, y los otros profetas denunciaron de Cristo. Porque dice allí que del cielo habia de venir un Señor de nueva manera engendrado, y que habia de nacer de una virgen, y que habia de reformar el mundo, y restituir la edad dorada en él; porque por medio dél se habia de levantar en el mundo una gente de oro: que es unos nuevos hombres, amadores y seguidores de toda virtud y honestidad. Donde tambien dice que las serpientes morirán, y que los leones, y bestias fieras se amansarán de tal manera, que andarán en compañía de las ovejas y vacas, sin tener recelo dellas: que es lo mismo que profetizó Esaiás (d) por estos mismos nombres de animales fieros y mansos, significando que por la gracia y doctrina deste Señor que venia del cielo, los hombres fieros, soberbios, crueles y ponzoñosos como serpientes, habian de mudar su fiereza en inocencia y mansedumbre de ovejas, y juntarse y hacer un cuerpo con los humildes y mansos. Esta es la summa de todo lo que los profetas á una voz cantan y predicán: lo cual todo contienen los versos desta sibila.

Donde es de notar, que cuando el grande emperador Constantino leyó estos versos, quedó espantado de ver cómo tantos años ántes una doncella profetizó tan claramente el misterio de Cristo: con lo cual él se confirmó mas en la verdad de la fe; añadiendo que no se podia decir que los cristianos hubiesen fingido estas profecías de las sibilas para testimonio de su fe, pues Virgilio escribió estos versos ántes que hubiese cristianos en el mundo. Porque los cristianos comenzaron despues de la Pasion del Salvador, el cual padeció en tiempo del emperador Tiberio, que sucedió á Octaviano; y en tiempo deste Octaviano escribió Virgilio; y la verdad de lo que profetizó esta sibila, hace verdaderos los testimonios y profecías de todas las otras.

Ellas mismas tambien profetizaron lo que el Salvador padeció en su sagrada Pasion, como Lactancio Firmiano refiere en diversos lugares de sus Instituciones: los cuales recopiló Sant Augustin en el libro xviii de la Ciudad de Dios, cap. xxiii, donde la sibila (no declarando cuál dellas era) dice así (e): *Darán á Dios bofetadas con sus manos malvadas, y con su boca sucia escupirán en él salivas ponzoñosas, y él entregará sencillamente sus espaldas á los azotes, y recibiendo pescozones callará, porque nadie le conozca; y con corona de espinas será coronado, y en lugar de manjar le darán hiel, y en su sed le dieron vinagre. Con tal mesa como esta le servirán cuando le hospedaren. Y tú, gente ignorante, no conociste á tu Dios. Y el velo del templo se romperá, y en la mitad del día se hará una noche tenebrosa, que durará por espacio de tres horas, y morirá muerte; y en tres días dormirá su sueño; y entonces resucitará de los muertos, y volverá á la luz, mostrando él primero á los resucitados el principio de la resurrección.*

Todos estos misterios quiso el Espíritu Sancto profetizar en Eglog. 4. Pollio. (d) Esai. 11. 65. (e) Cap. 16. tom. 6.

tizar tan claramente muchos años ántes por boca destas vírgines, para que aquel Señor que venia para salud de judíos y gentiles, tuviese en ambos pueblos testigos abonados de sus obras; porque tan grandes novedades y maravillas no fueran creidas en el mundo, sino con la muchedumbre de tan claros y tan antiguos testimonios.

Ni tampoco callaron las sibilas la segunda venida del Hijo de Dios á juzgar el mundo. Lo cual profetizó la sibila Eritrea en los versos siguientes, que en sentencia dicen así.

Una de las señales del juicio advenidero será que la tierra sudará sangre (f); y del cielo vendrá en carne un rey á juzgar el mundo: el cual reinará en todos los siglos. Y así los incrédulos como los fieles, en el fin del mundo verán á Dios en lo alto acompañado de sanctos. Y las ánimas juntamente con los cuerpos se hallarán presentes para ser juzgadas por él. Desecharán de sí los hombres sus ídolos, y todas sus riquezas. Abrasará un fuego las tierras, la mar, el cielo, y las puertas del oscuro infierno. Y los cuerpos de los sanctos volverán á la luz desta vida; y los de los malos quemará el fuego eterno. Y cada uno confesará los pecados que secretamente cometió; y Dios descubrirá entónces los secretos de los corazones. Allí será el llanto, y el cruji de dientes. El sol se escurecerá, y las estrellas juntamente con la luna. Entónces los montes altos se allanarán, y los valles se levantarán, y toda la tierra estará llana. No habrá entre los hombres ninguna cosa grande ni alta.

Todas las cosas cesarán. La tierra abrasada con rayos del cielo, perecerá; y las fuentes y los rios con el fuego se secarán. Y una trompeta dará un triste sonido de lo alto, gimiendo los pecados de los hombres, y las miserias de sus trabajos. La tierra se abrirá, y descubrirse ha la region del infierno. Y todos los reyes del mundo serán presentados en este juicio; y del cielo caerá sobre los malos fuego, y un gran rio de piedra zufre.

Todo esto dice esta sibila en sus versos. Donde es mucho de notar que Marco Tulio (el cual tambien fué ántes de Cristo nuestro Redemptor), en el libro que escribió del adivinar, hace mencion destas sibilas; y dice dellas, que juntando en algunos de sus versos las primeras letras dellas, unas en pos de otras, significan algo. Y si hiciéremos esta diligencia en los versos griegos (g) desta profecía que agora referimos, hallaremos que contienen estas palabras: *Jesu Cristo, Hijo de Dios, Salvador.* Lo cual es cierto cosa de admiración. Mas no convenia que con ménos aparato, ni con menores testimonios y demostraciones fuese testificada y celebrada una tan grande maravilla, como era bajar el Señor de todo lo criado á este mundo, y morir en cruz. Porque si súbitamente viniera esta luz al mundo, cegáranse los hombres con la grandeza de su resplandor. Y por esto quiso el Señor que poco á poco se fuesen los hombres disponiendo para recibirla cuando viniere, visto cuántos años ántes habia sido denunciada. Mucho ayuda á la verdad de nuestra religion ver la concordia destas vírgines (tan antiguas y tan celebradas en toda las edades pasadas) con nuestras sanctas Escrituras: para que así esto como todo lo demas sirva á la confesion y firmeza de nuestra fe, por tantas vias confirmada. Por lo cual despues de los testimonios de los profetas, las

(f) Aug. ibid. etc. lib. 18. de Civit. Dei, cap. 23. tom. 5.
(g) Aug. lib. 18. de Civit. Dei, cap. 23.

quise añadir aquí. Y así se dará fin al primer tratado desta parte.

Y porque es muy fuerte el testimonio de la parte contraria, no será fuera de propósito juntar con el testimonio de las sibilas el de Josefo, clarísimo historiador, de nacion y profesion hebreo: el cual en el libro xviii de las Antigüedades (h), tratando de las cosas que sucedieron en el tiempo del emperador Tiberio César, en el cual padeció nuestro Salvador, dice estas palabras: Fué en este tiempo Jesus, hombre sabio (si con todo es licito llamarle hombre), porque era hacedor de obras maravillosas, y enseñador de los hombres que oyen de buena gana la verdad. Y muchos de los judíos, y tambien de los gentiles allegó á sí. Este era Cristo: el cual Pilato sentenció á muerte de cruz por

(h) Cap. 6.

TRATADO SEGUNDO DESTA CUARTA PARTE.

EN EL CUAL POR MODO DE DIÁLOGO SE RESPONDE Á TODAS LAS OBJECCIONES QUE ACERCA DEL MISTERIO DEL MESÍAS SE PUEDEN HACER.

DIALOGO PRIMERO.

En el cual, por la conversion del mundo testificada por los profetas, se prueba la venida del Salvador.

Para conclusion y perfecta declaracion deste divino misterio de nuestra redempcion, de que hasta aquí habemos tratado, será bien satisfacer á algunas preguntas que acerca dél se pueden hacer. Para lo cual me pareció conveniente medio introducir aquí un catecúmeno recién convertido de la ley de Moisen á la gracia del Evangelio (el cual proponga las preguntas que se suelen oponer acerca desta materia), y junto con él un maestro en sancta teología que le responda. Comienza pues el catecúmeno así.

CATECÚMENO.

He leído, Maestro, estos tratados que habeis escrito del misterio de Cristo, en los cuales explicais todo lo que pertenece á este misterio con tanta claridad que no veo cosa que pueda oponer contra él. Y porque aquel Señor que desea que todos los hombres se salven (a) y vengan al conocimiento de la verdad, tiene mil maneras para traerlos á sí, quiso él por medio desta escritura tocar mi corazon, y abrirme los ojos para ver cuán ciego y engañado he vivido hasta aquí: por lo cual le doy y daré siempre infinitas gracias. Y porque espero recibir presto el sancto bautismo, querria ántes de recibirlo ser mas enteramente informado en la fe deste misterio.

Maestro. Hacedis en esto muy bien, hermano; porque esa orden dió el Salvador á sus discípulos cuando los envió á predicar por el mundo: diciéndoles primero que enseñasen las gentes, y despues las bautizasen (b). Mas querria saber cuáles sean las cosas de que deseais mas plenaria instruccion.

C. Son estas comunes en que tropiezan los que viven tan ciegos como yo viví: que son la muerte y la divinidad y humanidad de Cristo, el misterio de la sanctísima Trinidad, y del sanctísimo Sacramento, y la cesa-

(a) 1. Tim. 2. (b) Matt. 28. Marc. 16.

ocasion de los principales hombres de nuestra gente. Mas con todo esto no le desampararon los que ántes le habian seguido. Ca él les apareció despues de muerto, al tercero dia resuscitado, segun que los profetas inspirados por Dios habian profetizado esto con otras maravillas que él habia de obrar; y hasta hoy en dia persevera el linaje de los cristianos, intitulados por este nombre. Hasta aquí son palabras de Josefo: las cuales ciertamente ponen admiracion á quien quiera que las lee. Mas no es cosa nueva haber ordenado la divina Providencia, que el mismo autor que escribió la destruccion de Hierusalem y de todo aquel reino, diese tan ilustre testimonio de la persona de Cristo; moviéndose á esto por razon de las obras maravillosas, y milagros tan públicos y notorios que el Salvador obró conversando con los hombres.

cion y derogacion de las observancias y cerimonias y sacrificios que manda la ley.

M. Para satisfacer plenariamente á esas preguntas era menester un largo tratado; porque esa materia es muy copiosa. Mas con todo eso, cuanto sufriere la brevedad desta escritura, á todo eso con el favor de nuestro Señor espero responder de tal manera, que vos (á quien nuestro Señor ha comunicado la lumbré de la fe) quedeis satisfecho (c); porque es grande parte el creer para entender. Mas ántes que decienda á responder en particular á esas y otras preguntas, daros he una muy breve respuesta, que valga por todas. Para lo cual habeis de saber, que así estas preguntas como todas las demas penden de una sola verdad, que es averiguar que nuestro Salvador es el rey Mesías prometido en la ley. Porque siéndolo él, tenemos mandamiento expreso de Dios, en el cual manda con grandes penas y amenazas que creamos todo lo que él dijere, por estas palabras (d): Yo (dice Dios á Moisen) levantaré en este pueblo de entre sus hermanos un profeta semejante á tí; y pondré mis palabras en su boca; y decirle ha todo lo que yo le mandare que diga. Y del que no quisiere oír las palabras que él hablará en mi nombre, yo seré el vengador (dice Dios). Pues siendo esto así, cesan todas las preguntas y dudas; pues por boca deste Señor está declarado lo que se debe tener acerca de todo lo que habeis propuesto. Por lo cual en este artículo principalmente habemos de hacer fuerza; porque este solo saca fuera de litigio todos los demas.

Y aunque para esto baste y sobre lo que en este tratado habemos alegado, quiero resumir esta materia agora de nuevo, y poner os un ejemplo que sea como un breve sumario de cuanto hasta aquí habemos dicho, por el cual veais claramente ser Cristo nuestro Salvador el Mesías prometido en la ley; pues desta verdad (como dijimos) pende la resolucion de todas esas preguntas que habeis propuesto. Y para esto acordáos de aquella pro-

(c) Esai. 7. (d) Deut. 18.

mesa en que Dios prometió al patriarca Abraham la tierra de los cananeos (e) donde él moraba. Y preguntando él cómo podria saber esto que Dios le prometia, mandóle ofrescer un sacrificio (f) de ciertos animales, y en cabo dél díjole: Has de saber que tus descendientes han de venir á peregrinar en otra tierra fuera desta, y han de ser en ella oprimidos con servidumbre por espacio de cuatrocientos años. Mas en fin dellos yo castigaré á la gente que así los hubiere oprimido, y saldrán de aquella tierra con grande substancia: esto es, grandemente multiplicados y prósperos. Esta fué profecía de Dios dicha cuatrocientos años ántes de la salida de Egipto, en la cual se profetizan todas estas particularidades: la peregrinacion de aquel pueblo, la opresion dél, la salida de Egipto, y la conquista de la tierra prometida, y sobre todo el número de los años que esta peregrinacion habia de durar. Pregunto pues agora: si un hombre de los que vivian cuando este pueblo salido de Egipto conquistó la tierra de los cananeos, leyera esta profecía, y viera el cumplimiento della, ¿qué dijera? ¿qué sintiera?

C. No pudiera dejar de maravillarse, y de conocer que el dedo de Dios entrevenia aquí; y otro que él ni podía profetizar tantos años ántes lo que estaba por venir, ni tampoco acabar una obra tan grande como era, que una gente cautiva, avasallada y desarmada, escapase de las armas y potencia de Faraon, y conquistase la tierra de los cananeos, donde la gente era muy esforzada, y poblada de muchos gigantes, y las ciudades muradas hasta el cielo. Así que en ambas cosas habia de entrevenir aquí la sabiduría y omnipotencia de Dios: la una para profetizar estas victorias, y la otra para acabarlas.

M. Pues aplicando agora esto á nuestro propósito, estas mismas dos cosas entrevinieron en la conversion del mundo. Por donde si aquí confesamos que entrevino el saber y el poder de Dios, mucho mas lo habemos de confesar en esta obra; y porque las cosas nuevas mueven mas los corazones que las muy usadas y tratadas, por grandes que sean, quiero fingir un ejemplo muy semejante á nuestro caso, para que por la condicion del uno entendamos la del otro; el cual os pido me sufráis agora con paciencia; porque aunque agora os parezca despropósito, al cabo veréis el fructo dél, que no será pequeño.

§. ÚNICO.

Declárase la eficacia desta profecía cumplida con un ejemplo.

Finjamos pues agora que como Dios cuatrocientos años ántes reveló al patriarca Abraham lo que habia de suceder á sus descendientes, reveló tambien á un profeta, que en la villa de Setúbal habia de nacer un hombre de linaje de los Mirandas que allí hay, y que este habia de ser sanctísimo y grandísimo predicador; el cual habia de andar predicando en todos los lugares del reino de Portugal, y señaladamente en la ciudad principal de Lisboa, siguiéndolo á do quiera que predicase gran compañía de gentes, como á un profeta y varon sanctísimo; el cual habia de juntar consigo muchos discípulos que le acompañasen y oyesen su doctrina. Mas por cuanto él habia de reprehender agramente los vicios, y señaladamente los de los eclesiásticos, ellos movidos, parte por invidia de su gloria, y parte por odio de la doctrina

(e) Gen. 12. 15. (f) Gen. 15.

que publicaba sus llagas, habian de tratar con falsas acusaciones su muerte; y finalmente habian de poder tanto con los jueces seculares, que lo sentenciasen á muerte, y muerte de cruz. Y añadiese mas esta profecía, que por este pecado habia de ser destruido el reino de Portugal, y que la ciudad grande de Lisboa habia de ser asolada y puesta por tierra, de tal modo que no quedase en ella piedra sobre piedra; y que todo el reino de Portugal habia de ser destruido, y que los portugueses habian de andar descarriados por todo el mundo, y maltratados y avasallados en todas las naciones. Y despues desto díjese que los discípulos deste señor, poco despues de su muerte saldrían de la ciudad de Lisboa, y irían á predicar el Evangelio en Africa, y en Constantinopla, y en todas las tierras del Turco y del Sofí; y que en pocos años, despues de pasadas grandes persecuciones y contradicciones de los moros y turcos, finalmente podrian tanto, que les persuadirían la fe de Cristo de tal manera, que ellos mismos, conocido su error, derribarian sus mezquitas, y quemarian los libros de su Alcoran, y conocerian que su Mahoma fué un falso profeta y engañador, y tomarían sus huesos y su zangarron, y los harían polvo, y echarían por los muladares; y que en el lugar de las mezquitas edificarian iglesias y templos solemnísimos; y que en ellos pondrian la figura de la sancta Cruz, y en los sagrarios el sanctísimo Sacramento del altar; al cual adorarian con summa reverencia junto con el misterio de la sanctísima Trinidad; y que destes moros (que ántes de recibir la fe eran carnales y sucísimos) se levantarían muchos hombres guardadores de perpetua virginidad, y semejantes en la pureza de vida á los ángeles, y que dellos se poblarían muchos muy religiosos monasterios. Y entre estos habria otros que harían vida mas que humana por los yerros y lugares solitarios, manteniéndose con raices de yerbas, ó con solo pan y sal. Asimismo que muchas de las moras despues de convertidas á la fe, harían voto de perpetua virginidad, y que dellas habria en todas partes muchos sanctísimos monasterios. Y acrescentase mas la profecía, que todo esto se cumpliría despues de cuatrocientos y tantos años que ella fué escrita. Pregúntos pues agora, hermano: si vos supiédes cierto que todo esto fué así profetizado, y viédes en vuestros dias todas estas cosas una por una perfectísimamente cumplidas, y viédes por una parte todo el reino de Portugal destruido, y la ciudad de Lisboa arrasada por tierra, y los portugueses derramados y maltratados en todas las naciones del mundo, sin tener una almena suya; y por otra viédes toda la morisma convertida á nuestra sancta fe, y viédes que los discípulos de aquel señor crucificado, salidos desta ciudad, que eran unos pobres y rudos pescadores, acabaron esta obra tan grande, ¿qué diríades? ¿qué juzgaríades? ¿qué sentiríades?

C. Ciertamente quien esto viese cumplido, no podria dejar de quedar atónito, y como fuera de sí, viendo una tan grande maravilla, y confesar que aquí entrevino el brazo poderoso de Dios; porque ni otro que él podia acabar esa obra tan admirable con tan flacos instrumentos, ni profetizarla con todas estas particularidades y circunstancias tantos años ántes, sino solo él, como está claro; pues á solo Dios pertenece saber lo que está por venir.

M. Pues por este ejemplo entenderéis la verdad deste nuestro misterio. Porque todas estas particularidades